

con el Partido Socialista y la III Internacional Comunista, cuyo representante en América Latina era Mijail Borodín. Junto con Isaac Arriaga organizó el Partido Socialista de Michoacán y tuvo excelentes relaciones con Felipe Carrillo Puerto.

En el afán del autor por registrar los acontecimientos más significativos para esta época, el tratamiento es un poco asimétrico debido a que en algunos profundiza más que en otros, por ejemplo, la conflagración mundial y las relaciones entre México y Estados Unidos, la política de continuo boicot por parte de la administración ávilacamachista ante los proyectos de tipo político-económico que se proponía el general Múgica, que lo establecía bajo los mismos principios del proyecto modernizador (la industrialización, dotar de riego a la agricultura, construir la carretera y vía de comunicación que acabaran con el aislamiento de Baja California Sur con respecto al resto del país, crear infraestructura urbana, escuelas, centros de salud, entre otros), éstos son algunos que quedan suficientemente analizados.

Sin embargo, existen otros en que el autor no es tan riguroso como cuando toca el tema de la creación de la colonia María Auxiliadora fundada por Salvador Abascal, jefe de la Unión Nacional Sinarquista, durante la gestión de Múgica en Baja California. Es decir, no queda claro cuáles fueron los acuerdos entre ambos y los motivos de apoyar el proyecto de este grupo político tan conservador. Asimismo, la relación personal y política con el general Lázaro Cárdenas no queda lo suficientemente nítida, sobre todo en arrojar más datos para explicar si existió distanciamiento político duran-

te su administración y después cuando Ávila Camacho asumió la presidencia.

Por último, tampoco se ahonda en el tema de las relaciones políticas entre Múgica y la diversa gama de la izquierda nacional e internacional con la que Múgica había trabajado y debatido por tantos años.

Me imagino que como en toda investigación, el autor retomará estos hitos en futuras publicaciones.

De tal manera, el libro de Gregorio Sosenski es un texto imprescindible para todos aquellos que trabajan el tema de la revolución mexicana y la etapa posrevolucionaria, así como también por los interesados, como es mi caso, por la vida política del país y la experiencia de los sujetos que deciden emprender contiendas en las que pueden ofrecer lo mejor de sí mismos.

Así pues, al final de esta lectura al igual que el poema de Brecht que eligió Sosenski para presentarnos esta obra, queda claro que el oficio del historiador corresponde "A tantas historias, tantas preguntas."

María Patricia Pensado Leglise  
INSTITUTO MORA

Marta Irurozqui Victoriano, "A bala, piedra y palo". *La construcción de la ciudadanía política en Bolivia. 1826-1952*. Diputación de Sevilla, Sevilla, 2000, 452 pp. (Nuestra América, 8).

A Guillermo Lora

Inscrito en la nueva historiografía que intenta conocer mejor el siglo XIX latinoamericano, el texto de Marta Irurozqui

llena un vacío importante en los estudios bolivianos al estudiar el comportamiento político de la sociedad a través de las elecciones. La autora incursiona en la historia política de Bolivia destacando los elementos particulares de ese país andino. No intenta negar ninguno de los vicios o “defectos” señalados tradicionalmente por la literatura, de derecha o izquierda, lo que ofrece con su trabajo es una relectura, que sin duda provocará reacciones, discrepancias, rechazos abiertos o entendimientos.

El libro comienza con una imagen de una novela de Gustavo A. Navarro, el célebre Tristán Marof, un cuadro perfecto, desolador y negativo, de lo que representaban las elecciones. En ella están contenidos todos los elementos en juego en la construcción de la ciudadanía política en Bolivia: el fraude, el desprecio a las clases populares, el racismo, la necesidad de contar con la participación de indígenas y cholos para construir a la nación, para citar los más importantes y alrededor de los cuales Marta Irurozqui construirá su discurso explicativo. Esa imagen, al igual que las citas escogidas a lo largo del texto, muestran inmejorablemente el imaginario de la elite boliviana. Los comicios y su descripción pasan a un segundo plano.

El objetivo central del libro no es

oponer a esa imagen negativa y anómala otra en la que se resalte el cumplimiento oficial de las virtudes republicanas y se describa a concienciados ciudadanos depositando con urbanidad su voto en las urnas (p. 16).

Lo que se busca es mostrar que tales “vicios” fueron elementos fundamenta-

les en la constitución de una cultura electoral democrática, que

sin la generalización del fraude y la violencia electorales no hubieran tenido acceso a las urnas la mayor parte de los sectores populares, artesanos y pequeños comerciantes mestizos urbanos y comunarios y colonos indígenas, debido a que la normativa del sufragio censitario vigente en Bolivia desde 1839 a 1952 impedía el voto a aquellos que perteneciesen a las categorías de analfabetos y domésticos (pp. 16-17).

Es decir, la ilegalidad permitió que no fuera una minoría la que participara, sostiene la autora, sin demostrar su aserto con datos cuantitativos que vendrían a reforzar sus ideas. Con ello, continúa, el sistema político dio paso a la competencia entre los partidos de la elite. El voto de los electores alcanzó una importancia tal que dominar el sufragio se convirtió en el eje del sistema democrático.

No importaban los medios –nos dice– si se aseguraba la existencia de una oposición. En la medida en que ésta participaba de los mismos métodos que el partido en el gobierno, la ilegalidad desaparecía porque existía la competencia (p. 95).

Con la generalización de la ilegalidad, la democracia se fue haciendo poco a poco presente y dio paso a que la población aprendiese “el ser y el deber ser” de las leyes, así como su participación pública.

En el trasfondo del relato está la búsqueda de la modernidad, del nuevo orden que las elites se propusieron alcanzar. Sin embargo, a diferencia de lo que dice Julio Ramos en su *Desencuentros de*

*la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* acerca de que a medida que se consolidaba el Estado se racionalizaba el discurso de la ley, en el caso que estudia Irurozqui, mientras más se buscaba la construcción del Estado, la ilegalidad se constituía en piedra angular. El fraude y la violencia fueron prácticas cultivadas por liberales y conservadores, en el gobierno o en la oposición por ser imprescindibles para mover al electorado. Al lado de ellas estuvo siempre presente la denuncia de tales comportamientos. Es decir, y esta es una de las tesis del libro, que el uso discursivo que los partidos hicieron de la corrupción puede entenderse como un argumento de exclusión popular y como un arma de definición política intraelite (p. 181). Lo importante no sería entonces, si la ilegalidad estaba presente o no debilitando la nueva estructura a construir, sino el uso que de ese discurso hacían las elites. A ellas les permitía jugar con la ficción de la participación popular que en realidad no era tal, porque mediaba el fraude, mientras las masas populares, sostiene Irurozqui, aprendían un comportamiento político que las hacía conscientes del valor de su voto. Se trata de una propuesta que ofrece una nueva mirada a la vida política boliviana, pero que requiere encontrar su proporción en el marco más amplio de las diversas formas de aprendizaje de los sectores populares.

De particular interés resulta la pretensión de dar contenido histórico a los prejuicios étnicos con que se invalidaba la participación popular, la imagen del indígena o del cholo como sujeto público sufrió variaciones, precisamente está ahí el eje de la paradoja, mientras

más necesitaba la elite de la participación popular para mostrar la democracia y su legitimidad, más la asustaba esa participación (de ahí en parte la denuncia del fraude). No obstante que el énfasis de la autora estaba puesto en el análisis del proceso de aprendizaje de los sectores populares, mostrar el desarrollo del imaginario que los blancos tuvieron del indígena es uno de los logros de este libro. Destaca que fueron básicamente dos las propuestas sobre el lugar que se asignaba a los indígenas. Una sostenía la disolución jurídica y cultural de las comunidades mediante la individualización de la propiedad territorial colectiva. La otra, la asimilación de los comunarios como colonos de haciendas. Coincidían ambas en que la desaparición de las comunidades beneficiaría a los intereses de la nación, pero también en los argumentos devaluatorios de los indígenas que justificaban esas opciones. Vinculado a ese objetivo estaba, nos dice Irurozqui, el esfuerzo de la elite por construir una autoridad estatal fuerte, fundamental para la marcha de las instituciones republicanas. La elite proponía un proyecto cultural blanco, pero la dualidad necesidad/rechazo de lo indígena y mestizo provocó una identidad nacional indefinida en la que la construcción de una nación homogénea blanca fue cada vez más un ideal difícil de realizar (p. 118). La explicación de este proceso me parece otra de las virtudes del libro.

Se trata de un texto ordenado, bien escrito y documentado (dentro de lo que los avatares de la vida de los archivos altopereanos han dejado a la mirada del estudioso) en el que otras fuentes, como las novelas o los ensayos, fueron utilizadas con mucho tino para entender mejor

la época estudiada. Aunque hace menciones a un periodo mucho más amplio, se centra en el periodo de 1880 a 1925, o sea, de la guerra del Pacífico, que cuestionó la tradición política boliviana heredera de la independencia, a la elección de 1925 considerada como la última importante en la politización de los bolivianos. Periodo en el que se ubica el esfuerzo por construir un nuevo orden.

En el primer capítulo, la democracia boliviana es explicada en términos de la experiencia, expectativas y exigencias de los sujetos participantes. Para ello combina el análisis de la novela *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre, que hace referencia al ciudadano letrado y a las características que debería reunir, con un estudio de los elementos definidores de la democracia boliviana (que estuviese adaptada a las características nacionales del país, que fuera propagada por el gobierno, que se fundase en la negación de las prácticas políticas anteriores). En una segunda parte, se ocupa de examinar la construcción de tres verdades oficiales vigentes a partir de 1900: la guerra de razas, el caudillismo y la ficción democrática, convertidas en justificadoras de las restricciones a la ciudadanía presentes en los reglamentos electorales, pero sobre todo, que harían posible la transformación de Bolivia en un país civilizado.

El segundo capítulo se refiere a las reformas electorales y el tercero a los comicios de 1826 a 1925. El estudio de las reformas electorales permite comprender la evolución del fenómeno democrático entre la legislación y la práctica política. Por sus repercusiones, ocupa gran parte de la explicación la reforma de 1839, pero también se aborda con de-

talle la importancia del voto (corporativo, secreto, obligatorio). En cuanto a las elecciones, la atención está puesta en el proceso de politización de la población a través de su participación en ellas.

El último capítulo, el cuarto, estudia cómo la población urbana mestiza y los indígenas expresaron sus demandas para transformar sus posibilidades de mejoramiento. Aunque la autora dice que el clientelismo y las demandas de educación no constituyeron formas de resistencia cultural al orden vigente, habría que abundar en el estudio de esas manifestaciones para aclarar si esto fue así o si precisamente esas fueron formas de resistencia de los subalternos.

Al profundizar en el estudio de la paradoja boliviana, el texto recuerda las ideas sostenidas por Guillermo Lora, quien en su clásica *Historia del movimiento obrero Boliviano* afirmó hace décadas que la clase obrera (compuesta por indígenas migrantes y cholos, los personajes que estudia M. Irurozqui) había sido utilizada por los partidos políticos para sus propios fines, pero que esa experiencia fue asimismo una escuela de aprendizaje, que contribuyó a que tomara conciencia de su papel en el proceso histórico social del país. Es probable que

la movilización electoral de los artesanos, pequeños comerciantes, arrieros, aparceros, colonos de hacienda e indígenas comunarios en calidad de matones, manifestantes y votantes hi[ciera] de las elecciones un momento crucial en el aprendizaje colectivo de lo público (p. 24).

Sin embargo, ni las conclusiones de Lora, ni probablemente las de esos sectores populares necesariamente coinci-

dieron con las de la autora. La historia de Bolivia contiene otras formas de participación, no menos efectivas o importantes, de “visibilización” de los sectores marginados. De hecho, la derrota en la guerra del Chaco mostró la inoperancia e inviabilidad de ese sistema de construcción política producto de aquella otra derrota, la de la guerra del Pacífico, que no había conducido a la construcción de la nación, ni del Estado, ni al fortalecimiento de la democracia y mucho menos a la participación consciente de las masas populares. El Chaco significó el derrumbe de la ficción y subrayó la existencia del prejuicio étnico.

Laura Muñoz  
INSTITUTO MORA

Hilda Sabato, *The Many and the Few. Political Participation in Republican Buenos Aires*, Stanford University Press, Stanford, 2001.

Con *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998), reseñado aquí en su versión en inglés, Hilda Sabato contribuye una vez más a desbaratar la “leyenda negra” que ha permeado a la historiografía política latinoamericana del siglo XIX.<sup>1</sup> Una nueva corriente ha rechazado la versión tradicional de que las ideas y prácticas políticas “republicanas” y “liberales” no fueron, en la Iberoamérica decimonóni-

ca, sino rituales vacíos y embusteros que encubrían apenas el autoritarismo monolítico y uniforme de sus gobiernos. Frente al simplismo de esta visión, se han revisado con nuevas interrogantes las experiencias políticas de la centuria antepasada para descubrir las múltiples y complejas relaciones que, más allá de la fuerza, la imposición y la subordinación, vinculaban a gobernantes y gobernados.<sup>2</sup> De tal manera, esta obra explora la “sorprendente” serie de articulaciones que permitió, parafraseando a David Hume, que los “pocos” gobernarán “fácilmente” a los “muchos” en Buenos Aires, durante el periodo de la “organización nacional”, desde la unificación en 1862 hasta la pérdida de la preeminencia política de la elite porteña en 1880.

Exagerando la premisa de Hume a la que se alude en el título de esta obra, dado el desequilibrio de fuerzas entre los más y los menos, en el contexto decimonónico, todo gobierno tiene que ser un gobierno de la opinión. Aquí, Hilda Sabato indaga sobre los medios a los cuales recurrió la elite porteña para apuntalar su ejercicio del poder sobre la “opinión pública”, y las formas en que la población de la capital interpeló, influyó o desafió al poder a través de ésta. Reconstruye el abigarrado y multifacético “espacio público” porteño, compuesto por una prensa nutrida y autónoma y por un dinámico movimiento asociativo, horizontal y heterogéneo, que establecieron un “espacio de mediación” en-

<sup>1</sup> La expresión es de Antonio Annino, “Introducción” en *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Antonio Annino (comp.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1995, p. 5.

<sup>2</sup> Se mencionarán tan sólo *Historia de las elecciones*, Annino (comp.), y *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*, Hilda Sabato (comp.), El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.